

Año.— Fiesta de Santa Clara.



GABRIELA MISTRAL

Año.— San Sebastián.

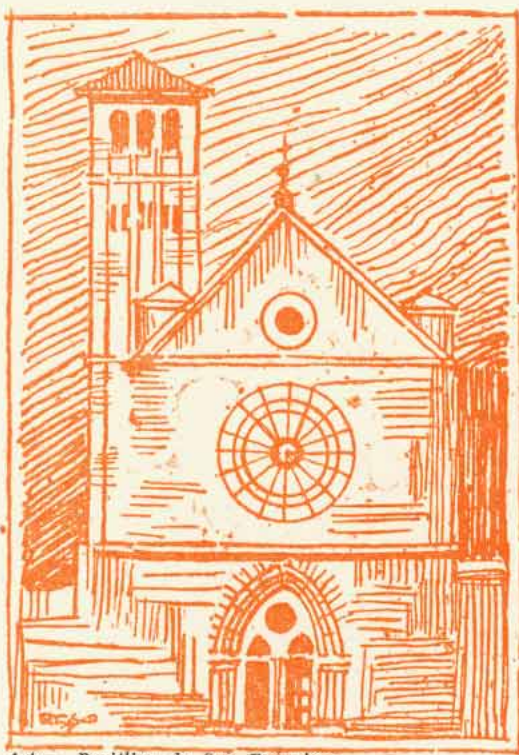


MOTIVOS
DE SAN
FRANCISCO

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A., SANTIAGO DE CHILE

Año.— Fiesta de Santa Clara.





Asís.— Basilica de San Francisco.

GABRIELA MISTRAL

Premio Nobel 1945

**MOTIVOS
DE SAN FRANCISCO**

GABRIELA MISTRAL

MOTIVOS DE SAN FRANCISCO

Selección y prólogo de

César Díaz-Muñoz Cormatches



Muerte de S. Francisco. S/ fresco de Giotto.

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A. - Santiago de Chile

Es propiedad.
Derechos reservados para todos los países.
Inscripción Nº 31.276.

Ilustraciones de
EDUARDO CRISTI ANRÍQUEZ

Proyectó la edición
MAURICIO AMSTER

1965

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

Impreso y hecho en Chile
EDITORIAL DEL PACIFICO. S. A.
Alonso Ovalle 766 — Casilla 3547
Santiago de Chile.

I N D I C E

<i>Prólogo</i>	13
La madre	21
Dos leyendas	27
El nombre	31
Infancia de San Francisco de Asís	
<i>Nacimiento</i>	35
<i>La educación</i>	39
El cuerpo	43
Los cabellos	47
Las manos	51
Los ojos	55
La voz	59
Los pies	63
La convalecencia	67
El elogio	71
Nombrar las cosas	75
Presencia en las cosas	81

El vaso	85
El lirio	89
La delicadeza	93
El cauterio	97
La lepra	101
La muerte	107
Las piedras preciosas	111
La celda ajena	115
La caridad	119
El sayal	123
La alondra	127
Rosa helada	131
Los compañeros de San Francisco: Bernardo de Quintaval	135
Aprende a perder	147

“Cuando el mundo repentinamente se endurece y se torna en una especie de fiera mitológica en vez de la consumada humanidad que Dios deseara, el genio franciscano, que es sobre todo un genio espiritual, se expande, se hace más sólido y se intensifica, como lo hacen las fuerzas cósmicas”.

Gabriela Mistral

P R O L O G O

Es tal la fuerza de la poesía de Gabriela Mistral, y sobre todo la que guarda ese alto friso de humanidad directa que es Desolación, que frecuentemente se nos queda la admiración en ese solo costado de su obra.

Sin embargo, perdido ya el embeleso ennoblecedor de la compañía personal de la poetisa nuestra, es hora de ir buscando el cuerpo entero, más vasto y plural, de su obra, regalándonos en esa noble substancia.

Alfonso M. Escudero ha dado el primer paso (rendidor, según son los suyos) con la publicación de una antología de recados sobre realidades, visiones y nostalgias de la patria, bajo el título Contando a Chile, oportuno por acercarse, hasta tocarlo, al estilo ("al habla", habría dicho ella) de la autora.

Debe seguirse buscando, cumpliendo la labor necesaria de seleccionar con escrúpulo y prolijidad, anchamente, en el resto de la prosa dispersa y numerosa de Gabriela Mistral.

Ahora se intenta un nuevo paso con la publicación de estos Motivos de San Francisco, aparecidos originalmente

dispersos en diferentes publicaciones, especialmente en El Mercurio, de Santiago, entre los años 1923 y 1926.

Poemas en prosa, inspirados directamente en las Florecillas de San Francisco y sus Hermanos, algunos de ellos constituyen versiones de episodios narrados por los Hermanos León, Rufino y Angel Tancredi, a la sensibilidad y peculiar modo de expresión de la autora, quien, en prosa simple y directa, de ritmo diverso, ancho o apretado según el motivo que canta, mira embelesadamente, palpa con ternura, escucha y se regala intensamente en el hallazgo de la axiología franciscana.

En este tránsito diáfano, Gabriela Mistral camina por los senderos de la Umbria junto al Pobrecillo y, con apasionado estupor, intenta recapturar en el poema las esencias más entrañables y vigorosas —las más centrales— de ese destino de ejemplar humildad y amor que fue el de San Francisco de Asís.

Muchos años después de escritos estos poemas, frutos maduros, natural florecimiento de su encuentro con el Pobrecillo, Gabriela Mistral, en 1950, al recibir el Premio de las Américas, en la Universidad Católica de Washington, fiel a su admiración, aborda una confesión más objetiva de su adhesión franciscana preferente.

“San Francisco —dijo, entonces— fue un guardián: man-

tuvo vigilancia sobre todas las creaturas. Su lenguaje utilizó todas las palabras que hablan de amor, atención, de vigilante preocupación, de ayuda a todo lo que es humano: presencia ante la pena, de ayuda en la adversidad y compunción". Y más adelante agregó: "San Francisco era de una sensibilidad extremada. En él, los cinco sentidos eran divinos. Tocaba la carroña sin repulsión; consideraba su igual al de elevada alcurnia y al vulgar; respiraba animosamente los aromas de la Umbría y sin volver la cara se mezclaba con el populacho en el mercado. Tampoco se airaba ante las bravatas de los poderosos. Y llegaba aún más lejos, aunque ni sus Piores ni sus Hermanos se lo hubieran pedido: cuidaba afectuosamente de animales, aves y plantas. Encontraba la cosa más natural del mundo aproximarse a las bestias salvajes, cuidar de las abejas, amparar al halcón, cantar, sí, cantar en exquisitos versos latinos, al sol, al agua y al fuego y aun hablar de aquello que llamamos inanimado, en una especie de amor filial al Planeta, que consideraba como partícipe de la Divinidad..."

Tal es el protagonista de sus poemas.

Acaso su parentesco más recio con el Pobrecillo (el tejido mismo, tibio y fino, entre cuyos hilos nace esta admiración conmovida y fiel) sea ese deleite de la naturaleza desnuda de cultura, y aun de las cosas mismas más mudas y

más inertes —aguas, sol, abejas, halcones— que ella señala en el Santo, y que, a su vez, la crítica —Valery, Miomandre, entre nosotros Luis Oyarzún— ha significado como elemento estético relevante en la obra de Gabriela Mistral.

Y es esa afinidad, esa pasión común por toda la dilatada realidad, lo que da mayor hermosura a estos poemas, donde la naturaleza se transfigura milagrosamente al paso del Santo, volviéndonos el agua, antes incolora o fría, en una bebida sabrosa y embriagadora; el camino, tránsito de fatiga repetida, en sendero de insospechadas maravillas. Y las piedras, y la llama, y los vegetales y minerales, todo el catálogo, en fin, heterogéneo y numeroso de las cosas que vemos cotidianamente con indiferencia, se humanizan en la visión franciscana de estos poemas, adquieren una inesperada nobleza, una condición acaso no experimentada antes por nosotros con tal vigorosa pureza, que los vuelve dignos de un trato o atención nuevos, cariñosos, fraternales y cuyo secreto sea acaso la esencia misma de las enseñanzas y ejemplo de Francisco de Asís...



Gabriela Mistral poseía en el más subido grado la aptitud, singular y rarísima en una cultura naciente (1), de

(1) Tomo las expresiones de José Enrique Rodó.

la religiosidad literaria: esto es, la vocación de la literatura con el fervor, la perseverancia, los respetos y los cuidados de una profesión religiosa. Vivió leyendo, anotando, intentando mejorar su obra. "He escrito como quien habla en la soledad", ha dicho. Y como Flaubert exclamaba con desgarrada exaltación "¡Se podría haber dicho mucho mejor!", ella —en una larga exigencia sin fatigas— siente que algo se le escapa del recado o el poema. "Me busco un verso que he perdido...". Y su trabajo se vuelve apasionada, ansiosa persecución. Las sucesivas ediciones de sus obras, rectificadas por ella, así lo acreditan perentoriamente. Cuando este libro estaba ya en prensa, he sido informado por el afectuoso interés de la señorita Doris Dana, la gran amiga de Gabriela Mistral y su albacea testamentaria y heredera de sus derechos de autor, que estos Motivos de San Francisco fueron también objeto de cuidadosa revisión por la autora. Como la versión definitiva se encontrara en Nueva York, entregamos, provisionalmente, el texto que sigue: sus ediciones futuras, junto a la fiesta de bellezas que entregan estos poemas, nos traerán la lección que entraña el desvelo de Gabriela Mistral por arrancar el óxido o herrumbe de las palabras, obteniendo así de ellas nuevos e inesperados brillos, secreto de su maestría creadora.

C. D-M- C.

LA MADRE
Comentario de su vida
(Extracto)

HAY QUE EMPEZAR, como en el Evangelio del otro Pobrecillo, por la alabanza tuya, madre de Francisco, María Italiana.

Fuiste tú, Madona Pica, la que cuajó en sus entrañas este grumo tan suave de carnes que se llamó Francisco de Asís.

Venías de Provenza y bajaste al Valle de la Umbría. En la mocedad te batieron sus robustos vientos y caminaste entre olivares y las viñas muy bíblicas de tu país. Llevarías un cántaro al hombro como estas mujeres que yo miro bajar al lago y a las cuales da el ánfora que roza la mejilla la forma de algunas flores de corola bipartida. Por el contraste de su rudeza con tu gracia, se posaron en ti los ojos de aquel rudísimo Pedro Bernardone.

Alabo tu seno hecho cenizas: su yema pura hizo el contorno de la boca de Francisco, la delicada boca para las canciones. Tu leche de mujer bebedora de soles debió ser magnífica. Lo sustentaste con exceso, y así tuvo él esa rica juventud, intensa como una púrpura.

Nosotros nos conformamos con besar arrodillados su polvo: tú, dichosa, le tuviste acostado en el pecho miles de noches, le hiciste con tus harinas esos dientecillos finos y blancos que le daban una sonrisa feliz, tú le pusiste la rica sangre que en su corazón se hizo tremenda caridad. Muchas líneas de su cuerpo serían tuyas, y puede llamársete por esto "copa de Dios". Tú le enseñaste a hablar, y de ti, no del Bernardone, le vino ese dejo de dulzura que le reunía a los pájaros en torno, como si sus palabras fueran alpistes y cañamones dorados.

Y tú le hiciste jugar; redondeabas el montoncito de arena rubia que él desbarataba y volvía a hacer. Así le enseñabas formas y formas y le hacías el ojo amateur de la gracia. Su deseo de cantar fue cosa que le vino también de las canciones con las que le anegabas cuando le tenías sobre tus rodillas, mujer dichosa, buena para dar en un hijo cantador una lengua de alegría al mundo triste.

Tú, cristiana, le deslizaste en los siete años dóciles de la infancia a tu Cristo, como una gota de miel imperceptible, por los oídos, y se lo hiciste tan familiar como el pliegue de tu cuello.

Y su humildad, su embriaguez de humildades, ¿no le vendría de mirarte hacer tus trabajos de la casa, el lavado de tus pisos, el barrido de tu comedor, buena esposa de mercader, que nada de esto desdeñarías?

Yo te alabo tu falta de arrebatos cuando te llevaron los hipócritas para irritarte la alarma de la mocedad tan ardiente de tu Francisco. Les oías con calma y sonreías solamente, diciendo que con el tiempo se habría de volver un buen hijo del Señor.

Y vino el día, pero trayéndote, pobre Madona Pica, otra tribulación no más, porque tu Francisco dejó caer de sus manos, de repente, todos los regalos de la vida, hasta tu misma ternura y se fue por los caminos a pordiosear.

Las comadres asombradas te llevaron el nuevo escándalo, sin alterar tu larga dulzura.

Te damos gracias por esa fuentecita de alimentos que a escondidas del terrible Bernardone mandabas a tu loquillo a la cueva, y por aquella tu fina astucia para hacerlo escapar del encierro del mercader.

Te han agradecido los valles esas manos tan amantes que tú diste para regar su campo; los pájaros, la lengua con una canción nueva que pusiste en el viento, y los pobres te agradecerán siempre al Vendador, todo él una vendilla para el mundo herido.

Ahora estás en el Cielo al lado de María y cerca de la madre de San Julián, el Hospitalario, y sonreirás con una eterna sonrisa.

DOS LEYENDAS

HAY DOS LEYENDAS que por su belleza merecerían ser verdad sobre el nacimiento del niño.

El pueblo verá en su vida paralelismo tal con la de Cristo, que querrá hacer absoluta la semejanza. La exageración que encontramos en las leyendas heroicas, dice el hambre sublime de los humildes. Los letrados trabajan royendo el hecho sobrenatural; aseguran que analizan con una limpia intención de hallar la verdad, pero suele aparecer su mente menguada; sus vasos son pequeños, y no quieren que les sean rebalsados. La llamada plebe, teje por el contrario, el poema en torno de los que fueron mejores que ella; está muy desposeída, y sin embargo, no conoce envidia y aumenta su material de adoración. Está en ellos menos empañada la memoria de lo divino y cuando encuentran algo semejante lo hospedan fácilmente.

Una leyenda es ésta:

Vinieron a la madre los dolores del parto y su sufrimiento se prolongaba contra la naturaleza; Pica se revolvía en el lecho entre lamentos. Podría decirse que la carne se negaba a entregar a ese que la superaría. Entonces golpeó a

la puerta un peregrino y dijo que la madre no daría a luz mientras no se la sacase de su lecho suntuoso, y se la transportase al establo de la casa.

Así se hizo, se la puso en el heno pisoteado entre las vacas que mugían mirando la agitación del nacimiento, y los asnos que miraban a la enferma con sus grandes ojos negros.

La otra leyenda es la del bautizo del niño.

Estaba todo preparado y la comitiva brillante ya iba a salir, cuando golpeó al portal un segundo peregrino, más polvo y vejez que vestidos. Dijo que quería sostener la cabeza del recién nacido en la pila bautismal.

Volvió a aceptar Pica, que viene a ser obediente a la Gracia, como la otra Madre, y el cuerpecito fue sostenido por el vagabundo, entre el asombro de los burgueses que vieron aguada su fiesta con semejante presencia.

La Iglesia no defiende la autenticidad de los dos relatos, la dan los biógrafos sólo por conceder sitio a estos dos frescos candorosos. Están bien en la puerta de una vida que la ingenuidad humedece, en cada episodio, como un largo rocío.

EL NOMBRE

FUE DADO AL NIÑO el nombre de Juan; pero el Bernardone a su regreso lo llamó Francisco.

Más grato hubiera sido el primer nombre, traspasado de sentido religioso para el cristianismo por el Bautista, que preparó los caminos y por el Evangelista, esa dalia roja del Nuevo Testamento. Pero Bernardone no entendía la cosa profunda que es un nombre, el nombre que preside la vida y que debe fundirse con nuestra mirada y con nuestro gesto. Según los comentaristas, el Bernardone quiso tener en el niño un recuerdo de la Francia que había sido su mercado. Le llamó, pues, Francisco, nombre que en aquel tiempo debió extrañar tanto, tanto como si hoy llamáramos a un niño Egipcio o Abisinio. Una sola cosa feliz hubo en la ocurrencia: dar nombre nuevo a este verdadero hombre nuevo. La palabra era sólo conocida en la Umbría por un camino llamado Vía Francesca. El niño sería un camino; pero no para los mulos cargados de telas sino un camino hacia Cristo, tan largo que ha ceñido la tierra.

INFANCIA DE
SAN FRANCISCO DE ASIS

NACIMIENTO

F R A N C I S C O nace en Asís en el mes de septiembre de 1182, probablemente el día 26; no se ha podido establecer la fecha precisa. Ignoramos, pues, el día en que llegó al mundo este Francisco, Señor de la Edad Media, y sabemos muchísimas cosas de los bandoleros de su tiempo y hasta de los achaques que sufría tal o cual emperador.

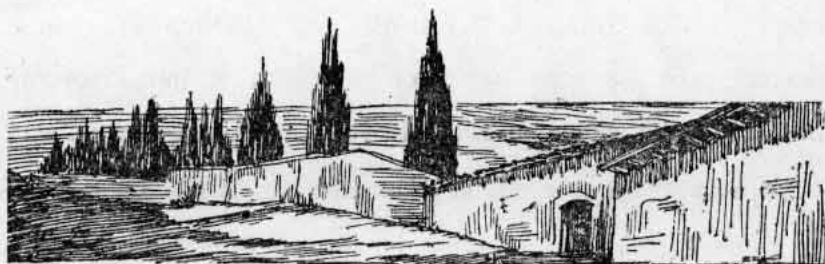
Sus padres son Madona Pica de Berlemont, nacida en Provenza o descendiente de provenzales, y Pedro Morico, llamado el Bernardone, mercader en telas.

El orden de los progenitores se invierte voluntariamente: Francisco no aparecerá a través de su vida si no hijo de su madre; al Bernardone se le ha de citar sólo para alguna vergüenza.

Los biógrafos coinciden en asignar a los padres una situación holgadísima; se habla de que Madona Pica tenía origen noble; por su parte, el Mercader se había tostado bastante en muchas jornadas de Italia a Francia para hacer la riqueza de su casa. En la población de Asís la familia llega a mezclarse con la aristocracia, porque la malicia ha acon-

sejado siempre a las gentes de linaje cierta benevolencia y hasta alguna fusión con los semivillanos ricos.

Se habla de una esposa que aventaja al marido en suaves maneras y finura del corazón, y de un mercader complaciente hacia ella por esa especie de gratitud que se hace en el marido inferior.



Asís.— Cementerio de San Damián.

LA EDUCACION

EN EL MATRIMONIO, a pesar de la benevolencia relativa del marido hacia la esposa, habrá siempre dos criterios distintos para juzgar las muchas cosas, el del plebeyo desaforado que ha hecho fortuna y manda, y el de la mujer dotada de alma mejor... En la educación de Francisco el choque fue visible, Pica quería hacer de su hijo joven letrado que completase la fundación de la casa en la que ya había ganancia suficiente; Pedro lo quiere por el contrario, continuador de sus viajes, entendido en contadurías con ojo de zorro para negocios escurridizos.

Pica sólo dijo su deseo, no luchó con el marido; era la esposa medioeval y acababa por aceptar siempre.

Francisco empezó bajo la dirección de los religiosos de San Jorge su instrucción en letras. Fue discípulo estudioso y lleno de entusiasmo por el gran saber. Estaba hecho por su sensibilidad para el amor de las artes. De aquí le vendrá su gusto del provenzal, instrumento mejor para la poesía, en aquel tiempo en que el italiano no recibe aún su cuajadura. Tanto amaba la frase con música, en que el ritmo es elemento divino, que durante toda su vida, a pesar de asce-

tismos y batallas entre los hombres, siempre le vendrá a los labios el verso como una leche materna, rezagada en el fondo del pecho. Hay que agradecer a sus maestros esta huella que hará del mayor santo un poeta, poniéndole una nota de humanidad que lo hace como más próximo a nosotros.

Vio el Bernardone el peligro del hijo letrado. El es el padre de todos los tiempos, engendrador de comerciante o magistrado, según Richepin, lleno de desconfianza hacia el vicio delicado de las letras.

Cortó, pues, Bernardone la educación de su hijo para dedicarlo al comercio. Y fracasó con el fracaso que también es de todos los tiempos; el niño estuvo algunos meses detrás de su mostrador desenvolviendo telas; pero un buen día dejó todo esto por repugnancia y se hizo el mozo de las fiestas que veremos luego.

Tal vez el poeta habría librado al necio Bernardone del Santo que vendría después y que había de ser más fatal para él que el joven de los serventesios. El choque del hombre fatalmente místico que había en el mozo con la fealdad del comercio, avivó, por exasperación, lo espiritual de su naturaleza. Su segundo vuelo irá muy lejos, y traicionará más todavía la voluntad del mercader; la tensión hará saltar el dardo a la altura del sol.

EL CUERPO

¿ C Ó M O S E R Í A el cuerpo de San Francisco?

Dicen que de fino parecía que pudiera dispersarlo el viento. Echaba poca sombra; la sombra es como soberbia de las cosas, ésa del árbol que pinta el césped o ésa de mujer que pasa empañando un instante la fuente. Apenas echaba sombra el Pobrecillo.

Era pequeño. Como cruza un cabrilleo por el agua cruzaba él por los caminos, y más se le sentía la presencia que se le veía la forma.

Ligeros los brazos tanto que los costados no se los sentían caídos; la cabeza como cabezuela de estambre dentro de la flor, tenía una mecedura llena de gracia; las piernas leves por el pasar siempre sobre las hierbas sin doblarlas, y angosto el pecho aunque fuese tan ancho para el amor (el amor es esencia y no agua que requiera grandes vasos). Y la espalda... también era estrecha por humildad, para que se pensase en una cruz pequeña, menor que la otra.

Tenía enjutos de arder los costados. La carne de su juventud se había ido junto con los pecados de ella.

Tal vez le crepitaba el cuerpecillo como crepitan de ardor los cactus áridos.

La felicidad humana es una cosa como de gravidez, y no la quiso; el dolor es otra espesura que rinde, y lo huía. Lo ingrátido era ese gozo de las criaturas que quiso llevar siempre.

Solía sentir el mundo ligero como una corola. Y él, posado en sus bordes no quería pesarle más que la abeja libadora.

¿Quién canta mejor en los valles cuando pasa el viento? Los gruesos oídos dicen que es el río que quiebra copas entre sus cascajos; otros dicen que es una mujer que adelgaza el grito en su garganta de carne.

Pero el que canta mejor es el carricillo vaciado, donde no hay entrañas donde la voz se enrede, y ese carricillo que se erguía en el valle eras tú, menudo Francisco, el que apenas rayaste el mundo como una sombrita delgada.



Asís.— Vista de la ciudadela y de la Puerta Perlice.

LOS CABELLOS

L O S C A B E L L O S de San Francisco eran no más que un vientecillo en las sienas.

La madre cuaja al niño con todas sus emociones. Le endurece la armazoncilla del cuerpo con su tremenda voluntad de amor; le hace las carnes blandas con su ternura; los cabellos se los hace con ensueños. Cuando la madre de Francisco rezaba, iba jugando con el bello dorado de su cabecita. Así se le hacía la oración más delicada y ligera.

Cuando Francisco fue mozo y las mujeres le amaron, sus cabellos no las tentaban. No eran duros y quemados con esa ensortijadura italiana que se parece a las yerbas más tercas y que está llena de energía. No eran tampoco rojizos para cuajarle una llama en torno del cuello, haciendo como visible el sol rojo de las llanuras italianas. Eran de aquel dorado imperceptible del césped que se seca antes de madurar, y parecían el anuncio de aquella dulzura que ya venía subiéndole a su corazón.

L A S M A N O S

¿Y SUS MANOS?

Yo he solido encontrarlas en el reverso de una hoja que tiene vello ceniciento y afelpado.

El sayal del santo era seco y áspero; su barba era como el sayal; la mejilla estaba un poco despellejada del sol de Asís; mas como era áspero y gris su sayal, él tenía siempre la mano extendida hacia aquellas criaturas en que la remembranza divina se vuelve suavidad.

Se quedaban en las hierbas mucho tiempo, gozaban bien al lirio, de la base hasta la torcedura del pétalo; se dormían sobre los corderillos por el deleite del tacto.

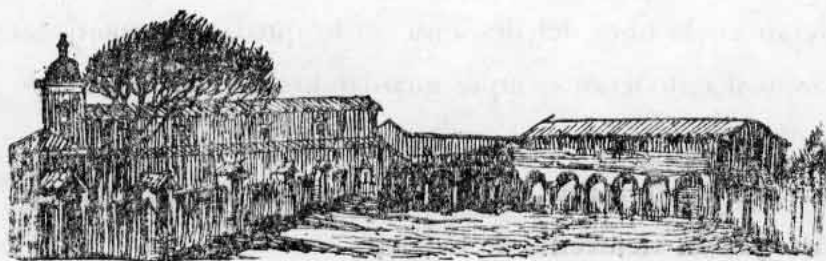
Pero siempre manos de varón de humildad que andaban metidas en las durezas de la vida y que no conocían óleos, siendo el dorso grueso, la palma era fina y sentidora. Al dar la mano, esta palma sorprendería... Aun cuando cayeran en la hora del descanso, se le quedaban esponjadas como si estuvieran siempre guardando una flor o un copo de lana.

En las llagas de los leprosos aquellas manos eran menos que un vientecillo de livianas.

Cómo le cuesta a la naturaleza amasar tales manos para la misericordia. Después de las de Jesús se demoró mil trescientos años en tejerlas. Con más facilidad hace la curva ancha de la frente para los pensamientos numerosos.

Cuando el dolor extiende ya como una red las vísceras padecedoras de los hombres, la tierra se pone a hacer otra vez estas manos.

Y yo suelo, entre las multitudes, buscarlas. Porque la hora, como red de pescador gotea de sangre, y ya es tiempo de que vuelvan a asomar aquellas manos a las puertas de nuestras pobres casas.



Convento de Lugnano.

L O S O J O S

¿Y C Ó M O S E R Í A N los ojos de San Francisco? Estaban como la hondura de la Flor, mojados siempre de ternura.

Habían recogido las suavidades que tienen algunos cielos y su fondo estaba mullido de amor. Le costaba cerrarlos sobre el campo cuando anocheecía, después de haber besado el mundo con la mirada desde la primera mañana.

A veces no le dejaban caminar; se prendían en un remanso o en una rama florida, como el hijo al pecho materno.

Le dolían de tiernos, le dolían de amor...



Catedral de Santa Clara.

L A V O Z

¡ C Ó M O H A B L A R Í A San Francisco! ¡Quién oyera sus palabras, goteando como un fruto su dulzura! ¡Quién las oyera cuando el aire está lleno de resonancias secas como un cardo muerto!

Esa voz de San Francisco hacía volverse el paisaje sobre él, como un semblante; apresuraba de amor la savia en los árboles y hacía aflojarse de dulzura su abullonado a la rosa.

Era un acento quedo, como el que tiene el agua cuando corre bajo la arenita menuda. Y cantaba sus canciones con ese acento amortiguado por la humildad. (Cantar es tener un estremecimiento más que una palabra en la voz).

El hablar de San Francisco se deslizaba invisible por los oídos de los hombres. Y se hacía en sus entrañas un puñado de flores suavisimas. Y ellos no entendían aquella suavidad extraña que les hacía. Ignoran que las palabras son guirnaldas invisibles que se descuelgan hacia las entrañas.

Hasta era mayor que el de las manos este milagro de la voz. Francisco no tocaba a veces el pecho de los leprosos: les hablaba con sus manos cogidas, y el aliento era el verdadero aceite que resbalaba aliviando la llaga.

Y se hizo Francisco boca de canciones, para ser boca de sumo amor. No quiso buscar al Señor con gemidos en la sombra como Pascal. Lo buscó en el sentido de sus canciones gozosas semejantes al latido vivo de polvo dorado que hay en un rayo de sol.

¿Cuál es la mayor dulzura que has alcanzado allá abajo?, solían preguntar los ángeles al Señor. Y el Señor les respondía: No son los panales que se vencen; son los labios que están siempre bien henchidos de mi siervo Francisco, cantador.



Convento de la Foresta o de San Fabiano.

L O S P I E S

L O S C A M I N O S se acuerdan de ellos, todavía, como se acuerda la frente de una caricia.

Porque San Francisco iba siempre de camino. El dolor de los hombres, pensaba, está esparcido por el mundo y hay que ir buscándolo.

Los pies del pobrecillo eran nerviosos y estaban vivos como esas hierbas que por un toque de luz en el ápice, parecen moverse sin viento. Por el color se parecían a aquellas hojas del álamo que el otoño hace transparentes y sonrosa en las puntas, y por lo ágiles, eran como si también tuviesen pecíolos como una hoja.

Sólo cuando caminaba por las ciudades llevaba un pedacito de sandalia bajo las plantas; si atravesaba el campo iban desnudas, besando esta tierra que es también el rostro de Dios.

Al llegar a un arroyo, los abandonaba en el agua, que cantaba en sus dedos como en las guijas. Después se secaban al sol, y este calor tierno se los hacía sentir como pajarillos.

Iban en sus pies los olores de las hierbas y por ellos se conocía qué caminos italianos habrían atravesado, campos de hierbas buenas o de cebadas.

Las hierbas solían gemir en las tardes dulcísimas por su recuerdo: Por dónde andará ahora el pobrecillo, sólo él atraviesa sin doblarnos.

Y es que pensaba que la excelencia de las manos está en que toquen sin tocar, como el aliento, y la de las plantas en que resbalen sobre el mundo. Y pensaba también que el dueño de la tierra no la huella, y que nosotros le hundimos demasiado sus céspedes... Y así iba él por el tapiz de este mundo, como si fuese prestado y precioso.

Acariciando sus pies enjutos, tal vez les decía: esos son los servidores menuditos del alma; se los dio mi Señor y la llevan con diligencia hacia donde la está llamando la misericordia.

Amaba sus uñas, que son como el esmaltillo de la carne y las cortaba con esa gracia con que iba despuntando el extremo seco de los rosales.

LA CONVALECENCIA

T U V I D A nunca empieza en una convalecencia, Francisco. Una enfermedad muda de tu alma y te hace caer el pasado como una corteza seca.

Yo recuerdo, leyendo esta noticia a que tu biógrafo da poca importancia, que es fino estado de alma el del convaleciente. ¡Y muy rico de ternura!

La sangre se ha desprendido de su grosura, y se parece más a una brisa que fuese por las venas. Está el alma fácil para el vuelo como las hojas de largo pecíolo que se mecen mejor en el aire. El alma es más aguda presencia y la carne se deja olvidar.

Los ojos, Francisco, se han ensanchado; la frente se pone como más espaciosa y más blanca. Somos tan delicados que oímos el caer de una rosa; estamos tan enternecidos que un perfume insignificante nos embriaga como un montón de espesas gardenias.

Con la fuerza se nos ha ido la crueldad, Francisco. No somos bruscos; reímos y lloramos con una finura muy exquisita en el extremo de los labios. Somos un poco angélicos, menos hombres y por eso muy dulces.

EL ELOGIO

F R A N C I S C O, no querías alabar a los hombres porque es Uno solo el dueño de toda alabanza... A las cosas sí las alabas; ellas no se engríen. ¿Cuándo el lirio tiene un estremecimiento si se dice su blancura? Nosotros sí... El elogio nos hace un grato cosquilleo en los oídos; el pecho se nos hincha feamente.

Mucho alabamos nosotros, en cambio, tanto que parecemos cambiadores de cuentas de colores, trocando alabanza por alabanza... Por eso andamos lentos en la perfección. Si el lirio a cada pétalo que echa esperase el elogio, tardaría en echar el otro pétalo; si el agua cantarina aguardase que la oyese se quedaría parada en la vertiente.

Cuando nos hacemos una mancha de impureza, la ocultamos con ademán rápido, pero en cuanto nos nace una puntita de virtud la levantamos, esperando la sonrisa del que pasa.

En vez del hambre nuestra de alabanzas, tú tenías un hambre de humillaciones que llegaba a parecer frenesí, mi Pobrecillo. Si un día te amanecía el alma luminosa como una pradera con rocío, llamabas atribulado a un fraile me-

nor y le pedías que te humillase diciéndote una letanía de miserias que eran mentiras.

Tú, Francisco, por humildad también, no quisiste nunca pensar como los hermanos de tu fe que Dios hizo a las criaturas: corderos, vacas, venados para el servicio y gloria del hombre. Las criaturas nacieron para sí mismas, y por eso tú las llamabas hermanas. Nosotros decimos hasta en nuestras oraciones, que las estrellas del cielo alumbran para nuestros pobres ojos de gusanillos.

Somos débiles, Francisco, como la caña que necesita del viento para oírse. Tú el pequeño Francisco, eras fuerte, porque no necesitabas al cantar oír tu canto rodando por los cerros en un collar de ecos.

N O M B R A R L A S C O S A S

TÚ, FRANCISCO, tenías don de selección y don de elogio. Tú amaste aquellas cosas que son las mejores; caminando por la tierra todo lo conociste, pero elegías las criaturas más bellas. Y además del don del largo amor, que es el más rico de cuanto podemos recibir, te fue dada la gracia de saber nombrarlas donosamente.

Amaste el agua como Teresa, tu muy sutil hermana, el sol y el fuego, y el pardo surco de la tierra. Tres bellezas diferentes que sólo son hermanas por ser cada una perfecta.

El agua es mística como el cristal; se hace olvidar en la fuente clara, y las guijas y las vegetaciones del fondo miran el cielo, las nubes y la mujer que pasa, a través de la humíldisima que se vuelve inexistente. El agua es una especie de San Francisco del mundo; es su alegría y su levedad. Hace la loquilla una garganta de piedra que se rompe y se pone a cantar en ella, es ágil, tiene esa virtud que es elegancia en la pesada materia. Y en su delgadez va más viva que los animales toscos. Donde cobra reposo se hace mirada, una profunda mirada.

Al sol lo gozaste bien por tu angostito cuerpo. Te traspasaba como a las hojas delgadas. Lo hallabas muy tierno después de la larga humedad de la gruta; era un poco excesivo, pero con el exceso del vino generoso; en tus jornadas largas por los pueblos de la Umbría; te parecía salutífero, secando las llagas descubiertas de los leprosos y muy niño cuando hace en el agua lentejitas de oro.

Te gustaba sentir el fuego encendido lo mismo que el de tu pecho. Las pequeñas llamas triscadoras te parecían niños saltando en una ronda de frenesí.

Y como a pocos amantes te fue dado el saber nombrar, de precioso nombre, a las criaturas. Tu adjetivo es maravilloso, Francisco; llamas robusto al fuego, humilde y casta al agua.

Las criaturas te amaban por tu santidad, Francisco, si no por que gustan del que las nombra justamente, sin abundancia de mimos, pero sin mezquindad.

Hábil tú para muchas cosas; para acomodar a un llagado en un banquito, sin que sintiese su pobreza y para decirle a las cosas lo que son, dándoles alegría con la palabra bien ajustada.

Otros santos no eran así, Francisco; descuidaban o desdeñaban su lenguaje con sus hermanos inferiores, cuidan-

do sólo el del Señor. También era esto parte de tu elegancia, de tu gallo espíritu. Ni conversando con los surcos del campo te pudieron ver burdo, mi Pobrecillo.

Has de enseñarme esto también, Francisco, que es otra forma profunda de dulzura.



Castillo de Alviano.

P R E S E N C I A E N L A S C O S A S

—FRANCISCO, yo suelo encontrarte acurrucadito en un matorral de salvia... Unos ojitos ardientes brillan en el fondo y las ramas altas se mueven por el escondido. Entonces, junto con dulzura las ramas, y sigo...

A veces rompiendo las castañas del color de tu sayal, me parece que saltas alegre en una pirueta. Estabas prisionero en el fruto para que te meciera el viento. Da una rama, Francisco, una mecedura tan suave como la del cielo.

Tú jugando, Francisco, has hecho esta dedada de miel de los caminos y por eso el caminar tiene como un encantamiento.

Las piedrecillas pintadas las pintas tú. Y estas conchas de mar, café como tus vestidos, con pintas blancas eres tú mismo jaspeado de lo divino.

¿Y qué mano sino la tuya ha podido dar vueltas y vueltas a estos caracoles de mar jugando con tu dedito adentro?

Esta corola de flor con tubito largo, ¿no la habrás estirado soplando como un niño desde el cáliz?

¿Y no le habrás pintado tú el caparazón a la tortuga? Lo tenía de color de cera vieja, y se lo veteaste de venas oscuras.

Y cuando la laguna se riza sin viento, ¿no vas tú pasando con tu sayal largo sobre ella? Las embarcaciones en la orilla se juntan, chocándose como si se lo contaran.

Y los musgos, Francisco, tú los cuajas tocando con tu pecho las piedras. Los troncos se ponen tiernos, y crían esa lana verde y ceñida, donde duerme el rocío.

Francisco, una doctrina herética, cuenta de millones de geniecillos. Se les encomienda, por pacientes, labrar las cosas finas de la Creación.

Yo creería de buena gana que tú existes desde el comienzo de la tierra, Francisco, y que has hecho los cristales, los dientecitos del granizo y las pintaduras del lirio atigrado.

Tú habrías sido como el Jefe de las inmensas jerarquías de gnomos artesanos. Cogerías un pájaro y delante de ellos le irías dibujando las alas con un toque rápido de los dedos. Treparías con los geniecillos los árboles y les enseñarías arriba a pintar de claro el extremo de la copa que se funde con la luz. El árbol, así, parece debajo, una luz más densa.

Te sentarías con ellos bajo los pinos a hacer el modelo de la cápsula que es una catedral diminuta y sombría.

EL VASO

T U E S T A B A S, Francisco, haciendo un vaso con un pedacito de leño.

Habías mirado tanto las formas de las flores y el mundo que también es una copa, ibas haciendo el vaso con mucha hermosura. ¡Qué dedos tan ágiles los tuyos, frailecillo, y qué corte tan espontáneo sobre la madera fresca! Pero era la hora de los rezos y la embriaguez de la faena feliz te hizo seguir labrando a la par que rezabas y la oración te caía un poco descuidada de los labios, mi pobrecillo. El vaso te sorbía la mirada; la mano se te pegaba con ardor al cuenco que iba haciéndose más y más hermoso. Entonces, al llegar a una palabra grande del salmo, fue como que despertaras. Te diste cuenta de que tu voz era desflocada y tibia en la alabanza. Sentiste que el demonio estaba haciéndote guiños desde tu propia obra, tentándote con la belleza que es la tremenda tentación y arrojaste tu vaso en la llama próxima.

¡Qué hermoso hubiera sido conservar las huellas de tus dedos en ese leño, donde tal vez tallaste una hoja de

lirio o de acacia! Los que hemos venido después amándote siglo tras siglo habríamos bebido el agua de las vertientes de Asís en ese cuenco que le habría puesto como el sabor de tu mismo corazón. Era un vaso ligero hecho en una rama no más, y lo alcanzaríamos como a tu cuerpo. Estaría pulido y abillantado de nuestros besos innumerables. Los talladores tuvieran su patrono; "Francisco el Tallador", y los que no saben ver la gracia de tus himnos la habrían visto, cuajada en el costado de ese vaso. Pero lo echaste al fuego, pobrecillo, porque tuviste miedo de que se apoderara de tu alma el demonio de la belleza.

Hiciste bien, Francisco, porque el Señor te había puesto a hinchar solamente el vaso de tu plegaria que era perfecto, y en ese vaso se debían bañar de gracia millones de almas.

Hiciste bien en hacerlo desaparecer rápidamente de tus ojos. La belleza de la obra, Francisco, coge como un pulpo a su creador, lo aprieta en amoramiento, a su copa o a su verso. Y los hombres tienen muchos vasos que poner a su mesa pero el Señor está sin alabanzas cuando sube la mañana o baja la noche.

EL LIRIO

“ U N L I R I O, dirías tú, mirándolo abrirse, es el semblante de Cristo, o, mejor, su mejilla puesta en el viento. Es tan perfecto como si estuviese hecho para la eternidad, y dura lo que una palabra en el viento. Me está enseñando, el hermano lirio que debo ser perfecto en mis pequeñas acciones, en esas menudillas acciones que yo suelo desdeñar”.

“Se halla siempre tembloroso. En el aire van pasando los suspiros de los afligidos y lo tocan sobre los pétalos. Y está tembloroso también porque es mirado del Señor y El siente la mirada. Nosotros no la sentimos y por eso estamos duros y erguidos”.

“El hermano lirio es blanco, no por soberbia, sino para muestra de la blancura. Sin él, y sin la nieve que suele bajar tardíamente, los ojos se olvidarán de ella”.

“Está callado, y así están todas las cosas; siguen escuchando desde el primer día de la creación. Nosotros, pobrecillos dejamos de oír el murmullo del que nos hizo, porque nos embriagamos escuchando nuestra propia algarabía. Y ésta ha endurecido nuestros oídos”.

“La divina lección es tan sencilla que nos hubiese venido sólo del lirio de las colinas, si no se hubiesen puesto otros a derramar su mentira numerosa; estar en silencio, sentir el dolor que pasa en el viento y tejerse la blancura lentamente del corazón hacia los pétalos”.

“Y el hermoso lirio sirve, aunque no lo creas, tiene suspendido el rocío que así no cae en la tierra. Como una mano lo tiene suspenso. Y hay muchas criaturas que sólo existen para tener una cosa suspendida. De este modo, Francisco, sostiene las livianas palabras del Señor sobre la lengua”.

LA DELICADEZA

U N A A B E J A se ha entrado en un lirio. Se sacudieron un poco los pétalos y ella penetró en la corola. Hace un pequeño rumor, y el lirio se mece, la flor estaba llena de miel, y con el peso del polen abundante en el pistilo la abeja sale con las alas manchadas y las patitas goteantes. El lirio se queda después íntegro y sereno.

Yo quiero, Francisco, pasar así por las cosas, sin doblarles un pétalo. Que quede sólo un rumor dentro de ellas y la suavísima remembranza de que me tuvieron.



Campo alrededor de Citta di Castello; camino a la Porciúncula.

EL CAUTERIO

N O S A B E N qué hacer con tu mal, Francisco, y como son bárbaros tus hombres medioevales, van a ponerte un hierro hecho brasa sobre las sienes. Tus sienes son finas, como esas membranitas que cubren los frutos, y las tienes sensibles a pesar de la piedra que ha sido tu cabece-
ra. La maravilla de tu penitencia ha sido esa; que no endureciera la sensibilidad en tu cuerpo vibrador, sensible a la luz, sensible a la sombra. Y a las sienes de infante van a allegarte el punzón enrojecido.

Entonces tú haces un pedido lleno de gracia dolorosa al hermano fuego: —“Tú eras noble, le dices, y yo he sido bueno para ti. No me quemes más de lo que puedo sufrir”.

Le hablas como a criatura viva. No le ruegas al médico, menos conmovido que el tizón crepitante.

Y te allegan el hierro; te chirria en la carne con el ruido de las cigarras cuando frotan muchos élitros... Te muerde el fuego con una mordedura de un puñado de víboras. El hermano fuego no te ha reconocido y te está comiendo la carne.

Pero tú no le dejas mal, Francisco, y dices que no has sentido dolor alguno, por no avergonzarlo . . .

No hay manera, mi pobrecillo, de que te salte de la boca, el gemido, haciéndote traición.

Mas, el hermano fuego ha de quedar maldito, a pesar tuyo porque no te reconoció las sienes. Se parece a los hombres en que está ciego de su misma llama . . .

LA LEPRO

F R A N C I S C O iba por el camino de la leprosería, camino que le había sido odioso como a todos por la presencia de la inmundicia que no podía olvidarse, pasando. Cada vez que el joven del birrete de terciopelo, el antiguo Francisco, enfrentaba la casa maldita, se subía la capa hasta los ojos para no aspirar la ola de fetidez que venía en el viento. Tenía más derechos que los otros a esta repugnancia: era joven y hermoso, y hay en la juventud el gesto rápido de apartar la muerte y la inmundicia.

Pero en el mismo momento, como un relámpago blanco, le alumbraron la mente las palabras recientes que había escuchado en la gruta.

“Si haces las cosas que hasta ahora te han espantado, se te trocarán en una inmensa alegría y una gran suavidad”.

Un leproso estaba en la puerta, mirando hacia el camino, Francisco se desmonta, va derechamente hacia él y le pone en la mano desmoronada, que tiene la brasa blanca, su limosna abundante. Se quedó después parado delante de él. Sí, el Francisco de ayer, de bolsa derramada, podía hacer solamente eso, pero el nuevo, que había nacido en

la gruta por segunda vez, tenía que ir más allá. Sí, ahora había que hacer más, se dobló y temblando besó sus dedos. Siguió su camino, medio absorto, sentía que una libertad nueva hacía ágil su cuerpo y una suavidad inmensa, la leche invisible de la caricia le bañaba el corazón.

Pero al día siguiente vino por el mismo camino, como quien ha dejado una faena a medias y vuelve a acabarla.

Entra a la leprosería, y al llegar a su patio, la muchedumbre de los leprosos alborotada por un extraño, lo rodea como una pesadilla. Le hablan, haciendo más visibles sus bocas incompletas, mueven los brazos como para exhalar mejor su corrupción; se acercan, le tocan, por su ansia de palpar algo que no sea ellos mismos, de sentir en otro brazo la solidez de la carne; y allí está Francisco, en medio de ellos fijo como si sus pies en un momento hubiesen echado raíces viviendo el tremendo minuto de Dios, y con los ojos enormes de asombro porque toda imaginación ha sido superada en el mal ilimitado verdaderamente infinito. Entra el mal por todos sus sentidos, lo ve, lo aspira, lo toca, y hay un momento en que la fetidez lo hace volverse; porque siente un desmayo. Pero se recobra, se afirma para seguir mirando, entrega sus sentidos otra vez para acabar la prueba sin nombre.

Saca su bolsa y se pone a repartir su dinero. La avidez de los que recibían debió hacerle más fantástico el cuadro. Ninguna cosa allegan sus monedas a los que casi no tienen cuerpo. ¿Qué complacencia pondrán en sustentarse, si el alimento sólo alimenta el monstruo extendido de la cabeza a los pies, renovando la carne como renueva la hoja la morena por la roedura de la pobre viva?

Los leprosos se mueven sin dureza de contornos, se atropellan incesantemente alrededor de Francisco; él sigue repartiendo. Pero, cuando ha acabado, los mira y el frenesí que lo posee lo hace continuar. Ahora la otra limosna: él va a besar a cada uno la boca. Ellos tendrán su boca de veinte años como una caricia no conocida nunca, ellos, que desde el día en que se vieron la primera mancha, no han recibido sino el beso del sol que está ciego y distante y, por toda piedad, han sido lavados por otro con el rostro vuelto hacia atrás...

Los leprosos, aplacados por la limosna abundante, se han sentado y lo miran lleno de extrañeza. Lo miran hermoso, en sus miembros duros de juventud y le ven la sonrisa humana que casi han olvidado, porque ellos son esos que miden cada mañana el mal en la mueca del enfermero que los odia.

Cuando besó al otro en la mano, los huesos le fingían alguna firmeza; es otro este beso dado sobre los labios, grandes como un belfo, en que se siente la blandura indecible del gusano. Y al besar ellos también un aliento más caliente y más denso, como de fuente subterránea, sale de ellos y baña el semblante del que se ha vuelto en una hora loco de piedad. Entonces ha debido apagársele el mundo puro de Dios, su verde llanura Umbría, y desaparecer como si nunca hubiere existido. Más allá un leproso ya no tiene labios y pone para el beso la sequedad de la encía y el blanco árido de los dientes.

Los "malatos" pensaron seguramente que aquello era un sueño de la calentura que nunca los abandona. Pero del acto dudoso les quedaba como realidad las monedas en las manos.

Aunque más tarde un pueblo y otro pueblo gozarán de la presencia suya, en veinte años de apostolado felices de mirar ese semblante, ninguno de ellos, ni el fraile León que le amó tanto, ni Pica que lo durmió en su pecho, fueron más dichosos de haberlo tenido que el grupo inmundo de esta hora sobrenatural.

LA MUERTE

TAMBIEN SENTISTE la muerte como una suavidad, Francisco; al tocar tu cuerpo dócil toda las cosas tenían que serte suavidad.

¿Cómo la sentiste?

Se te iba acercando muy callada, con talones de silencio y blanda mirada. Se sentó frente a tus rodillas; notaste cómo te subía por ellas, no un frío, una pequeña frescura como de agua de piscina que asciende, lenta. Te subió por los muslos descarnados insensiblemente; llegó al corazón, se derramó sobre él como una ola fresca, parándote el aliento. Te rodeó la garganta en una venda un poco apretada y el murmullo de la oración se fue aterciopelando. Su harina delgada iba espolvoreándose en los ojos abiertos y te pareció que el hermano Sol bajaba al ocaso, aunque no cabía bien la tarde a esa hora. Te extendió la mano siempre recogida por el hábito de la caricia y te la dejó abierta. Dejó caer poco a poco como muchas felpas espesas sobre los oídos haciéndote lejanos los rezos de los frailes que estaban a tu lado. Te estiró los miembros que recogías en el lecho,

por parecer tan pequeñito como un niño. Te dio por fin lo que mucho habías anhelado; la pérdida del cuerpo, el cual se fue sumiendo en las aguas profundas de la inconsciencia. Y con un pequeño estremecimiento, te desprendió el alma, recogióndotela de la cabeza hasta la punta de los pies, —como se recoge una llama en un tronco que arde horizontal— en una lengua alta que subió arrebatada.

Y así te fue la muerte amiga. No pudo traicionarte; ninguna cosa desprendida de las manos de Dios sobre nuestras cabezas nos traiciona en este mundo, Francisco.

LAS PIEDRAS PRECIOSAS

MURIO SAN FRANCISCO y sus carnes se mezclaron a la tierra como la pulpa fundida de las frutas de otoño.

Después de él existieron muchos frailes menores que también se mezclaron a la tierra amante. Y después pasaron los hombres y la tierra quedó sin ellos, con la soledad de sus caricias, de sus erguidas colinas que Francisco repechara haciendo siempre el cuenco tibio de los valles de Umbría.

Y cuando otros seres vinieron a correr por sus laderas, descubrieron un día, jugando, dos piedras preciosas en la arcilla de Asís. Eran los ojos del Pobrecillo.

Su carne por humildad, quiso disolverse, no quedó intacta como la mejilla de otros santos. Su esqueleto tan fino como nervadura de una hoja se desgranó también calladamente... Pero los ojos de San Francisco se endurecieron, para volverse dos piedras de luces, redonditas y vivas.

Los nuevos hombres las hallaron en la greda de una cuesta. Mirábanlas asombrados. A su superficie subía la

belleza de la vieja tierra. Conocieron por su reflejo las rosas, los redondos corderillos blancos, los pájaros, los caminos. Hacíanlos girar y pasaba por ellos la tierra entera...

De esta manera el mundo de las formas que había rehusado quedar en los mamotretos sabios quiso quedarse en los dos ojos que mejor lo habían vivido caminando.

En corro, volteaban y volteaban las duras piedrecillas cambiantes, los dos ópalos puros. Y una ternura extraña se les hacía en el pecho por las criaturas muertas.

Sólo a San Francisco, el dueño de los diamantes maravillosos, no conocieron. El se hizo inexistente como el agua en el remanso, y mostraba sólo, en cada vuelta, a sus hermanos, la rosa, el lirio, la abeja, la codorniz, el lobo y los hombres...

LA CELDA AJENA

O I S T E D E C I R a tu hermano: "Vengo de la celda de Francisco". Y le llamaste para replicarle: "¿Por qué dices su celda? No es mía y de aquí en adelante la ocupará otro hermano".

¡Pobrecillo Francisco, cómo te avergonzaba poseer! Tú tienes sólo eso: un cuadradito de tierra, un metro de suelo para el silencio, para la soledad. Y la tierra es muy grande.

Tú, necesitas, Pobrecillo, un pedacito donde quepan tus rodillas hincadas y tu cuerpo extendido para el sueño, donde vuele tu suspiro; donde no te miren llorar, cuando te crees dejado de la mano de Dios; donde no te vean al desnudarte que sacas el cilicio con sangre y donde las bromas gruesas de tus hermanos, que son un poco burdos, no te quiebren el lirio espigado de la meditación; donde tus mismos animalitos te dejen solo. Porque la oveja familiar está acostumbrada a andar dándote topaditas cariñosas y el lobo, vuelto fraile, se te pone en la frente a cada instante y te distrae con sus ojos de brasas.

Tú necesitas ese pedazo de pavimento desnudo porque si te quedas fuera de él, en el patio del convento, una lin-

da florecilla de oro que tiene cuatro pétalos (llamitas perfectas), te hace bajar el semblante y rompe tu rezo. Y si ves correr el agua, te dan ganas de hacer canciones.

Yo no renuncio a la celda, Francisco, necesito separarme de mis hermanos que están demasiado prendidos a sus afanes de la mesa, y que tienen la lengua siempre henchida, y la vierten y la vierten . . .

Pero tú entregas la celda a un hermano. Temes que comience en tu pecho la lujuria del poseer, que no se aplaca nunca más.

L A C A R I D A D

N O S O T R O S llamamos caridad a poner en la mano extendida una moneda grande, o a pagar una cama de hospital, Francisco, Tú no. Cuando dabas, eras tú mismo lo que dabas.

Conociste la lepra y te quedaste sentadito horas y horas lavando la podre. Parecía que eras tú mismo el agua y el aceite; y también la venda.

Te dabas tú en las frutas jugosas que ponías en la boca del calenturiento. A los frailes no sólo le ofrecías el convento; te dabas tú en paciencia larga. Solían ser muy charladores y necesitaban una gran paciencia. Y cuando echabas de comer al lobo de Gubbio, también te dabas tú con las caricias que le hacías en el cuello mientras comía.

Y cuando hacías canciones también te dabas tú todo, con tu corazón ardiendo.

Y por eso, Francisco, te gastaste como las lunas en su cuarto menguante. Eras ya como una broma de la carne, que hablaba y que ya apenas tenía garganta. Tus manos se adelgazaron hasta ser transparentes como la hoja de otoño.

Tu carne era un espejismo de la vieja carne que tuviste; tu milagro tenía más realidad que tu pobre cuerpo. Te habías desteñido en el bajo relieve de la tierra, y apenas se te veía. Lo mismo qué la luna en el cuarto menguante.

Tú descubriste una verdad escondida; que no tenemos derecho a dar sino a nosotros mismos. Las demás cosas son de la tierra.

Cuando regalamos cosecha de frutos, es el surco generoso el que da; y cuando regalamos vestidos, es el hilandero fatigado el que regala. Pero cuando nos damos a nosotros mismos, entonces sí, damos de verdad.

Nosotros, Francisco, entregamos lo que nos sobra. Estamos tan llenos, que nos cansamos un poco con la brazada de ricas mazorcas de la vida. Se nos rompen los sacos de oro del trigo, y entonces cedemos, por no doblarnos a recoger lo caído. Tú te diste, te diste, te diste.

EL SAYAL

¿P O R Q U E hiciste tu sayal de ese color de castaña, Francisco? Tal vez te lo dieron las espigas quemadas. Ellas disimulan la harina blanquísima que las hincha, Así tú disimulabas la santidad...

Pero creo yo mejor que tú te enamoraste de ese matiz por el color de la corteza de los frutos, deseaste para tu sayal este mismo color humilde que hay en la cascarilla de los hermanos frutos.

O tal vez lo elegiste por ser el color de la tierra, desnuda, el más desdeñado; pero que es bueno para el servicio cotidiano.

No te gustaba que lo tejieran con espesura. Querías sentírtelo como la pajuela colandera del trigo. Y lo querías también permeable para que el hermano viento entrara a jugar con tu cuerpo y no te separase mucho de la luz.

¡Tan remendado que lo tenías, Francisco! Andabas sacando siempre de él hebritas para liar las cosas heridas que encontrabas. Y también cuando los matorrales no te conocían, te arrancaban jirones...

Tenerlo entero te parecía una forma de soberbia. Y hasta quisiste que te lo dieran ya usado, con el feo sudor de los otros cuerpos, con la estameña blanquecina en los codos y en las rodillas.

A veces te lo hicieron con los restos de otros sayales. Querías sentir que, como llevabas prestado de Dios el cuerpo, llevabas prestada de los hombres la vestidura.

Si tú lo hubieses echado sobre la hiena, hermana del lobo de Gubbio, en el cubil se habría quedado como adormecida al sentirlo, tibio, sobre su lomo.

L A A L O N D R A

T U D I J I S T E que amabas a la alondra por sobre todos los pájaros, por su vuelo recto hacia el sol. Así querías que fuese nuestro vuelo.

Los albatros se van sobre el mar, ebrios de las sales y de los yodos. Son como olas desprendidas que juegan en el aire sin soltarse demasiado de las otras olas. La ráfaga marina los alza y para no perder el impulso, ellos no van más alto que los vientos de mar.

Las cigüeñas hacen largos viajes; han echado la sombra de su vuelo sobre el semblante de la tierra. Mas como el albatros, van horizontalmente, descansando en las colinas.

Sólo la sombra salta del surco como un dardo vivo y sube como bebida por el cielo arriba, canta en el temblor de la claridad matutina.

Entonces, el cielo siente que la tierra asciende. No le responden las selvas pesadas que quedan abajo. Ni el rodar melodioso del río. Pero una saeta con alas subió en su ímpetu y está suspendida entre el sol y el mundo; no se sa-

be si el pájaro ha bajado del sol o ha subido de la tierra. Está entre los dos cantando y parece una llama. Cuando ha cantado mucho, cae como rota sobre los trigos.

Tú, Francisco, querías que tuviéramos el vuelo vertical, sin el zig-zag hacia las cosas donde nos posamos cortándolo.

Tú querías que el aire de la mañana estuviese todo saetado por muchas alondras libres. Imaginabas, Francisco, una red de alondras doradas que flotasen entre la tierra y el cielo entre cada alabanza matinal.

Somos pesados, Francisco. Amamos nuestro surco tibio. Nuestra costumbre. Nos empinamos en la alabanza como se empinan las hierbas, la más alta llega sólo hasta los pinos altos.

Sólo al morir tenemos aquel vuelo; ya el cuerpo no se apega nunca más a nosotros como tierra pesada de surco.

R O S A H E L A D A

F R A N C I S C O se paraba delante de una planta y después de acariciarle las flores, iba tocando en el tronco y las ramillas un nudo negro, una cicatriz leprosa.

Y cuando encontraba una rama rota, se cortaba un pedacito del sayal para cubrirle la herida y no se desangrara.

Un día halló en el rosal preferido una rosa que no podía abrirse. Le había caído escarcha y estaba con dos pétalos en alto como dos alitas abiertas; las demás se habían endurecido.

—Pobrecilla —le dijo San Francisco—. El hermano sol no te calienta lo bastante; pero tú no puedes perder la alegría de abrirte, que es toda la dicha de una rosa.

De mucho beber al hermano sol con el pecho, llevo éste muy tibio, hermana rosa. Acuéstate aquí y veamos si se afloja el botoncillo duro.

Francisco tiene toda una siesta la rosa sobre sí. Ella va soltando los pétalos uno a uno. Teniendo doblada la cabeza sobre la flor, le escucha el pequeño ruido con que se hincha en el centro de cada pétalo y salta. Le ve ir mu-

dando el blanco verdoso por el blanco-blanco. Así aprende Francisco que cuando el último pétalo va a soltarse, se oye el canto de la flor, la palabra de la plenitud. Es tan suave esa palabra que hay que oírla parando los pulsos. Es la alabanza de la rosa. Un momento después el pétalo más maduro de abajo cae hacia un lado, y ha pasado el instante inefable.

La rosa redondeó su círculo y Francisco dio un suspiro gozoso.

La corola lo miraba con el ojo dorado de sus estambres amasados, y ese día, él compuso un canto sobre la alegría de abrirse, de una rosa.

LOS COMPAÑEROS DE SAN FRANCISCO:
BERNARDO DE QUINTAVAL

EL HOMBRE RICO. — Bernardo de Quintaval en el tiempo de la conversión era joven y en los frescos franciscanos tiene una bella fisonomía y un aire noble.

Poseía tierras, la tierra fuerte que pone en el dueño su misma seguridad poderosa; tenía abolengo, es decir, encontraba fácilmente a su alrededor la consideración de los hombres. Y con la juventud, era suyo el amor, que pone en el semblante humano la más grande irradiación de poder.

Los primogénitos. Vino a ser Bernardo el primero de los discípulos, el primogénito por lo tanto en la Gracia. Lo cubre la nobleza este acudir pronto, queda en el grupo de aquellos que para obedecer al llamado parecen que hubieran apresurado a la mañana; todos los hermanos de Juan Bautista.

En los sucesos ya humanos, ya divinos, esta primogenitura es celebrada por encima de las demás cosas. La poseen los obreros apresurados del Espíritu que son el tipo opuesto de Tomás, el convencido de su tacto, el hombre de última hora. Han acudido hacia los santos mucho antes de que

ellos entregaran el milagro que, como un fruto, se puede palpar por todos sus costados; el sólo escuchar al iluminado les puso igual sacudida que a los otros cuando vieron que hacía al paralítico levantarse.

¿Habían nacido con la Gracia y el encuentro les fue solamente un reconocimiento? ¿O es que una vida más pura que la de los otros los tiene prontos, como si dijéramos con el corazón entre las manos para entregarlo? Sus “sentidos superiores”, ¿les habían nacido ya mientras que en los otros eran yemas duras, en las cuales debe trabajar aún el sol, el amor?

Sea como sea, ello es, que se ponen de pie al escuchar la invitación, con una rapidez que no es de la tierra.

La conversión. Bernardo de Quintaval fue tocado por las primeras prédicas del Santo. Aún no se había cuajado esa atmósfera quemante del franciscanismo que hace después cotidianas las conversiones. Más que esto: todavía el pobrecito tenía en torno el escándalo de su ciudad.

También ha dudado Bernardo, pero no largamente*... Dice el contador que Bernardo de Asís, que era de los “más nobles ricos y prudentes” de la ciudad, empezó a ver algo prodigioso en Francisco; aquel desdén del mundo que ponía calofrío. Pero dudaba, y para tener cerca esta preciosa

* Con el relato de sus vacilaciones se abren las “Floreillas”.

materia de auscultación invitó a Francisco una noche a su casa. No fue avaro de precauciones puesto que hizo que se le preparara un lecho en su propia estancia y dejó encendida una lámpara...

Francisco no comprendía nada y debió tomar por afecto la proximidad de Bernardo y la luz por hábito nocturno. El también va a jugar con Bernardo, a esconderle su verdadera noche que no era la del sueño bajo los párpados mansos.

Bernardo, a poco de acostarse, se puso a roncar ostensiblemente; el Pobrecillo lo miró dormido, sabía muy poco de malicias y se levantó para empezar su larga oración, aquella plegaria suya que hacía tremolar la noche como un velo.

Rezaba con una contricción penosa, con una angustia verdadera que agitaba su pecho como una gruta llena de alta marea; dolorosamente rezaba. Rogaba por él y "por el mundo que se perdía"*... Le ahogaban todavía las imágenes de su propia vida, y le atribulaba aun antes de entrar en ella, la época en cuya carne violeta iba a trabajar con gemidos más de veinte años.

Bernardo, medio envuelto entre sus sábanas, asistía a aquella plegaria bañada como de sudor de sangre y mirando al hombre sufriendo, el espíritu iba trabajando dentro

* "Floreillas".

de él. Aunque el sufrimiento de Francisco lo laceraba, él no rompió aquel momento. Ya no era la duda que le hiciese desear más pruebas; asistía a un acto secreto en el seno de la noche y no quería romper el instante perfecto.

Pero cuando Francisco volvió a su lecho al amanecer, Bernardo le dijo: "Hermano, yo estoy dispuesto de todo corazón a dejar el mundo y a seguirte en cuanto me mandares".

El contador no dice nada del asombro que se haría en San Francisco al comprender que había sido visto y al recibir tamaña resolución del "hombre prudente, noble y rico".

Anota solamente su respuesta, en la cual aconsejó a Bernardo que, por la gravedad del asunto, consultase el Evangelio.

Fueron hacia una Iglesia, se pusieron en oración hasta el mediodía y las respuestas que dio el libro abierto por el sacerdote en tres lugares, fueron estas claras y penetrantes como tres espadas:

"Si quisieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes, dáselo a los pobres y sígueme".

"No lles nada para el camino, ni bordón ni alforja ni sandalias ni dinero".

“El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”.

Las palabras que van en un ascencimiento. La primera obliga a la entrega de los bienes; de esto algunos son capaces; la segunda sube otro peldaño inmenso; no se trata sólo de dar, sino de arrancarse de las más inocentes complacencias corporales, la del aliento, la del suave caminar. Puede quedarse pobre el hombre, pero conservar estas cosas que son una mínima concesión a nosotros mismos.

La tercera se hincan en el cielo, porque en el negarse a sí mismo hay más que el tormento corporal: hay la descuajadura de cuanto en nosotros no es Cristo (y lo que en nosotros no es Cristo es casi todo).

Reparto de los bienes.—Bernardo escuchó sin vacilar; ya se había hecho dentro de él la volteadura de las entrañas que es la conversión verdadera; salió de la Iglesia y fue a repartir sus bienes.

El movimiento rápido parece también un modo de naturalidad superior, el ritmo de otra esfera. Este hombre va a entregar lo que le pertenece, cuanto ha ganado con los afanes propios y cuanto vino a sus manos desde sus mayores, es decir los bienes que se aman como a seres sustentados en nuestra sangre y los que están ennoblecidos por la posesión de nuestros padres.

Empieza en él una naturalidad superior hecha una luz plena en el espíritu; ha entrado el hombre en la norma sobrenatural y los actos duros que nosotros, en nuestro plano, hacemos jadeando, en aquel estado nuevo brotan con la facilidad que es lo divino.

Así es como Bernardo fue el primero en "acudir desnudo". El conoce en sí, en unos días, la sensación de los brazos colmados y de la mayor ingravidez en la mano vacía. No se ve en él ese camino largo de la convicción en el que otros van dejando caer cada diez jornadas un don; de un solo golpe el rico queda con la boca digna para el Evangelio de la renunciación. Por eso, llegó "a hablar con Dios como un amigo con otro", no había esa como fronda pesada que hacen los afanes de la tierra entre el Señor y nosotros, donde la propia voz se nos enreda. Quedó entre ellos el puro espacio tembloroso.

San Francisco lo llamaba para hablar de Dios con él y fue a buscarlo a la selva donde Bernardo estaba en éxtasis.

El fraile menor no le respondió. Volvió Francisco a llamarlo, y Bernardo siguió quieto; le llamó por tercera vez y no recibiendo respuesta se volvió triste por el desamor del compañero. Y para saber la causa de esa mudanza se puso a rezar y a contarle a Dios sus tristezas. El Padre le respondió:

“¡Oh pobre hombrecillo! ¿De qué te has turbado? ¿Debe el hombre dejar a Dios por la criatura? Fray Bernardo, cuando tú le llamabas estaba conmigo, y no podía responder, pues se hallaba fuera de sí”.

Después de este suceso fue cuando Francisco lleno de vergüenza le pidió, en un frenesí de humildad, que pusiera un pie sobre su cuello y otro sobre su boca, diciéndole a la vez palabras que lo vilipendiaran de su soberbia.

Bernardo, antes de cumplir semejante mandato, que se le imponía, por la santa obediencia arrancó a Francisco la promesa de que él también le obedecería. Lo que pidió después fue que Francisco le corrigiese ásperamente cada vez que estuviesen juntos.

Así cambiaban votos de obediencia los dos embriagados de Dios y se juraban lavarse mutuamente, como se lavan los leprosos, ellos que eran claros como dos cristales y que se atravesaban uno a otro con sus destellos.

Prédica de Bolonia.—Bernardo, mandado por Francisco, va a Bolonia donde se repite la escena bárbara de Asís. La pobre figura en que ha parado Bernardo, sus ropas viejas, y tal vez hasta su mismo aire absorto, desencadenaron sobre él la brutalidad de la plebe.

Una poblada le seguía entre gritos, él para aplacarla con su paciencia, se sentó en medio de la plaza... Los niños

lo zarandeaban por la capucha y las mangas, y los hombres le tiraban piedras... Bernardo, "sin mudar la postura", los miraba tranquilamente. Habían de cansarse y después lo escucharían...

Y esto duró hasta que un licenciado, lleno de consideración en la ciudad, quiso cubrirlo con su amparo.

"¿Quién eres tú y por qué has venido aquí?", preguntó.

Fray Bernardo, por toda contestación, metió la mano en su pecho y sacó la regla de San Francisco y se la dio para que la leyese.

Lo que el Doctor dirá a las gentes de Bolonia sobre el franciscanismo son palabras eternas:

"Verdaderamente éste es el más alto estado de religión que yo he oído nunca".

En seguida ofrece al fraile menor casa para un convento y se hace su defensor en la ciudad. Desde que el licenciado habló ascendientemente, la población va aproximándose a escuchar al predicador; llegan a colmarlo de tantas alabanzas que lo hacen salir de ella. A su vuelta dice al Santo que se ha venido por los muchos honores recibidos en ella, "temiendo perder más de lo que ganaba con ellos".

Tentaciones.— Francisco había recibido mensaje de que Bernardo debería sostener muchas batallas con el demonio; de aquí que rezaba por él especialmente.

Para el vulgo (léase también los cultos de mente grosera), las tentaciones de los santos son siempre combates con desnudeces que latén sobre el desierto. Pero las tentaciones más duras de los místicos han sido otras. Son las sequedades de que habla la Santa, el mudárseles de pronto la humedad del corazón en limaduras de yesca y hacerles entonces una oración áspera como el polvo de la yesca también; son las caídas peores en la materia, la desesperación de no alcanzar la Gracia, una angustia como la de aquel cuyo grito es devuelto por las grutas. Tremendo misterio de la vida interior. Esta tiene, como la tierra, zonas dichasas y mantos de lava seca. De intensa, la vida interior del místico, parece que en algunos momentos quema el alma.

Las demás tentaciones, saboreo de lúbricos, son menos graves; tienen coloreado el contorno y su relieve es visible. Aquellas apenas se las reconoce; sólo el ojo del místico, sabio en cristales, puede advertirlas como la empañadura de un aliento...

A P R E N D E A P E R D E R

T U, Q U E A L C A N Z A S T E la alegría durable, Francisco, enséñamela. Mi alma se parece al olivo, que entero está alegre y brillante y cuando un vientecillo le vuelca las hojas, se queda con color de ceniza.

—“Aprende a perder”, dice Francisco.

—Enséñame la fácil alegría que baja sólo con mirar el cielo abierto, la alegría que nada cuesta porque va pasando en el viento; alegría de ver amanecer, mirando cómo crece la rosa de la mañana en unos instantes de silencio sobre la colina, mirando cómo la crudeza del mediodía va suavizándose hasta tener las violetas tan tiernas de la tarde y cómo la noche se va espesando en una felpa profunda hasta ser densa, densa.

—“Eso no es todo. Aprende a perder”, dice Francisco.

—Enséñame, repito como embriagada, la ingenua alegría, la que viene de sentir el agua correr entre los dedos, con la mano sumida en el arroyo, la que revienta en una risa fresca porque se posa en nuestros pies una mariposa tan pintada que alucina.

—“No basta, aprende a perder”, dice Francisco.

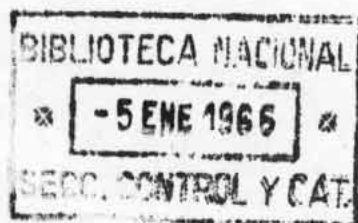
—Enséñame —continúo todavía— aquella durable alegría que viene de que no nos canse la belleza, grande, y que no nos conmueva la pequeña. Yo quiero que el rostro que amo no me fatigue, que el libro que leo no se me haga costumbre. Y hazme hallar hermosura en los menudos objetos que me ordenan; la taza clara como un lirio donde bebo mi leche, esta maceta de hojitas tiernas que crece junto con mi día, esta lámpara tan viva que me alumbr.

—“No basta tampoco eso, aprende a perder”, dice Francisco. Y sigue diciéndome: aprende a perder tu lecho blanco sin que te duela el costado sobre el tosco jergón. Aprende a perder la sombra humanizada de tu corredor y que no te duela salir a la noche desnuda. Aprende a perder los rostros que te rodean, amantes y por los cuales vendrá a llamar la muerte, para deshacer las líneas en que se hacía visible su ternura. Aprende a perder todas las suavidades de la vida y hasta la de Dios, cuyo servicio se te volverá de repente áspero como las limas. Aprende a perder tu propia sangre, y consiente con alegría que se haga pus en tus llagas; a perder tu sano aliento y el latido junto de tu corazón, que se va a retardar o enloquecer y el color quemado de tus cabellos, cuando baje la ceniza innumerable de la muerte.

Y cuando ya sepas perder, habrás conseguido la durable alegría, y entonces no mudará el color de tu alma, como el follaje del olivo que voltea el viento.

—¡Ay pobrecillo! Todavía no sé perder; me parece que me roban en cada despojo y se levanta mi brazo lleno de ira para recuperar. ¡No sé perder! ¡No sé perder!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



MOTIVOS DE SAN FRANCISCO

por *GABRIELA MISTRAL*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 3 DE DICIEMBRE DE 1965,
FESTIVIDAD DE SAN FRANCISCO JAVIER,
EL MÁS CÉLEBRE MISIONERO
DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE CRISTIANA
EN EL ASIA ORIENTAL.
FUE COMPILADOR DE LA PRESENTE OBRA
CÉSAR DÍAZ-MUÑOZ CORMATCHES.
IMPRESA EN LOS TALLERES GRAFICOS DE
EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.,
ALONSO OVALLE 766, SANTIAGO
DE CHILE.

